Carlos Granados
José Granados
(eds.)

El corazón: Urdimbre y trama

NUEVA EDICIÓN

didaskalos

COLECCIÓN

didaskalos

EL CORAZÓN: URDIMBRE Y TRAMA

Carlos Granados
José Granados
(eds.)

didaskalos

1.ª edición: octubre de 2018

Autores: © J. Granados, L. Sánchez, I. de Ribera, C. Granados, J. Noriega, J. de Dios Larrú, L. Granados, L. Vives

Impreso en España. Printed in Spain
Depósito legal: M-31292-2018
ISBN: 978-84-17185-18-3

Maquetación y portada: M.ª Teresa Millán Fernández

Impresión y encuadernación:
Editorial Didaskalos
Valdesquí 16, Madrid 28023

Queda prohibida, salvo excepción, prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.
La infracción de los derechos mencionada puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal)

"Al P. Luis de Prada, DCJM, maestro y amigo
en los corazones de Jesús y María".

Índice

		Págs.
Prefacio		13
	Mons. Jean Laffitte	
	1. La paternidad revelada	14
	2. La caridad filial	16
	3. La unión con la intención redentora de Dios, marca del corazón configurado con el corazón de Cristo	17
Introducción		23
I.	Anatomía del corazón cristiano	33
	José Granados	
	1. El cristianismo: la invención del corazón	36
	2. El corazón, centro y apertura del hombre	41
	3. Los sentidos del corazón	45
	4. El tacto del corazón	47
	5. Antropología del tacto: vulnerabilidad y pertenencia	49
	6. Tres facetas del corazón táctil: Temperatura, dureza, flexibilidad	51
	7. Tocar el misterio	54
	8. La escucha del corazón: receptividad y confianza	55
	9. La palabra del corazón	56
	10. El corazón y el tiempo	57
	11. Luz y ojos del corazón	60
	12. Corazón y misterio de Dios	62
	13. Conclusión	65
Bibliografía		67

Págs.

II. La revelación de una presencia: El corazón en Pablo y en Juan 71
Luis Sánchez Navarro 71
1. En la escuela del Resucitado 72
2. El drama de un corazón oscurecido 74
3. La redención del corazón 76
4. La alegría de una presencia 78
6. Un corazón en el que habitan los hermanos. 81
7. Un corazón fuerte ante el sufrimiento 83
8. Conclusión: el corazón del Nuevo Testamento 86
Bibliografía 87

III. El Logos del corazón y su interpretación. 89
Ignacio de Ribera Martín
Introducción: ¿perder el corazón o perder la cabeza? . . . 89
1. Qué significa decir que el corazón tiene una inteligibilidad propia 93
2. El corazón del hombre no se entiende desde sí mismo: vulnerabilidad del corazón y diversidad de afectos. 95
3. La intencionalidad de las respuestas afectivas del corazón. 98
4. La referencia personal de la respuesta afectiva: una presencia 101
5. El significado de la respuesta intencional: una pertenencia 102
6. La narrativa del amor: la novedad de un don y una nueva actualidad del ser 105
7. El amor ilumina el misterio del corazón del hombre 107
8. Conclusión 110
Bibliografía 112

Págs.

IV. Salomón, el rey del corazón sabio 113
Carlos Granados

1. La petición del rey: un corazón sabio 115

1.1. *Sabiduría para el presente. Un corazón atento.* 115
1.2. *Sabiduría para el futuro. Un corazón que sabe proyectar.* 117
1.3. *Sabiduría para el pasado. Saber recordar* 118

2. Inicios prometedores de Salomón 119

2.1. *El rey constructor* 120
2.2. *El rey capaz de desvelar los enigmas* 121
2.3. *Anchos horizontes* 122

3. Un lento proceso de degeneración 122

3.1. *Ruptura de la fraternidad* 123
3.2. *Escepticismo* 124
3.3. *El gusto por lo extranjero* 125

4. Conclusión. El corazón sabio 127

Bibliografía 130

V. La concordia o la metamorfosis del corazón 131
José Noriega Bastos

1. Falsas interpretaciones de la concordia 133
2. La verdadera concordia 136
3. La raíz de la concordia: la metamorfosis del corazón . 139
4. El problema de la discordia 142
5. La concordia con Dios y la metamorfosis del hombre . 144
6. Conclusión 147

Bibliografía 148

VI. Los ojos del corazón 151
Juan de Dios Larrú

1. Introducción 151
2. La purificación del corazón 154
3. Las virtudes y la dilatación del corazón 159

Págs.

4. El conocimiento de la caridad 165
5. Conclusión 170

Bibliografía 172

VII. Un corazón que habla: Las palabras del corazón y su expresión 175
Luis Granados García

1. Sólo el corazón habla 178
   1.1. *La palabra reducida* 178
   1.2. *La voz animal y la palabra humana* 180
2. El don de la Palabra divina 186
   2.1. *La Palabra que Dios se dice a sí mismo y palabra creadora* 186
   2.2. *Una historia de palabras* 188
   2.3. *Las palabras de la Palabra encarnada* 191
3. El don de la palabra humana 194
4. La palabra como tarea: aprender a dar la palabra . . 198
5. Un corazón que ora: la palabra plena 199
   5.1. *Un corazón que escucha* 200
   5.2. *El corazón habla al corazón* 202
   5.3. *Sólo quien da la palabra da el corazón* 205
6. Conclusión 207

Bibliografía 208

VIII. Me has preparado un cuerpo. La biografía del corazón y su tiempo 211
Leopoldo Vives Soto 211

1. Etapas de la vida y biografía de la persona 213
2. La vocación al amor: el sentido de la existencia 215
3. Ser hijo: la acogida del don originario 217
4. Ser esposo: vivir el don de sí 222
5. Ser padre: la fecundidad del don 227
6. Conclusión 231

Bibliografía 232

Prefacio

Saludamos con gratitud y entusiasmo este volumen que nos presenta un grupo de religiosos de la comunidad de los Discípulos de los Corazones de Jesús y María. Se trata de biblistas, moralistas, teólogos dogmáticos. Su obra forma un coro a varias voces en que se percibe la profunda unidad, proveniente de un misterio que viven juntos desde hace ya largos años y que transmiten con alegría en la vida fraterna, en el apostolado y en la labor intelectual. Asumiendo el riesgo de desequilibrar la armonía de este conjunto de contribuciones, querría reflexionar aquí sobre el vínculo, con frecuencia olvidado, que une el corazón del fiel al Corazón del Señor, y que consiste en el ejercicio de la vida teologal.

Es habitual presentar el Corazón de Jesús, en línea con la encíclica *Haurietis Aguas* de Pío XII, como sede de un triple amor: sensible, espiritual-humano y divino. Está claro que una división de este tipo trata de mantener las exigencias cristológicas de las dos naturalezas en la persona de Cristo. Se puede así considerar este corazón como el punto de convergencia de dos dimensiones del Amor: el Amor al Padre y el Amor a los hombres. Por esto precisamente el Corazón de Cristo es el símbolo más logrado, el *símbolo real* –usando

una expresión de Rahner–, la fuente y el origen de todo amor humano de caridad hacia Dios y hacia los hombres.

1. La paternidad revelada

El Amor de Cristo hacia su Padre remite al misterio del Amor insondable que une a las tres divinas personas en el seno de la Trinidad; más allá de la trascendencia de esta relación entre el Padre y su Hijo único, Jesús nos revela al mismo tiempo la paternidad de Dios hacia cada uno de los hombres: el hombre aprende del Corazón de Jesús esa total y filial sumisión al Padre que encuentra sin duda su expresión más honda en el cáliz aceptado a causa del Padre ("Padre, si es posible, ¡pase de mí este cáliz! Pero, ¡no se haga mi voluntad sino la tuya!"; Lc 22,42), y en la muerte vivida como ofrenda última a Dios ("Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu"; Mt 23,46). Cada uno de los actos obrados por Jesús se realiza bajo la mirada del Padre, para hacer su voluntad. Frecuentemente, Jesús hace referencia explícita a este querer de su Padre: "Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a plenitud su obra" (Jn 4,34). Lo que se produce en la conciencia humana del Señor, lo que repercute en su corazón físico para reflejarse en su rostro, su voz y sus gestos, es su revelación del amor divino y eterno. Esta adhesión subyace en todas las actitudes de Jesús, y supone una victoria costosa sobre la inclinación de la carne, las fatigas y los tormentos. Jesús realiza en su agonía esta terrible experiencia: el cumplimiento de la voluntad del Padre se producirá en un combate intenso contra sí mismo. La obediencia a la voluntad del Padre ha conducido a Cristo a un abajamiento en el que el acto primero es la entrada de Jesús en la condición de siervo: "Se hizo semejante a los hombres" (Flp 2,6). El misterio del Padre en

Jesús no le ahorra tener que afrontar plenamente los diversos sucesos, contrariedades y pruebas: es el mismo Padre quien no cesa de orientarle.

En este sentido, el aspecto que importa subrayar se refiere, sin duda, al extremo hasta donde Jesús ha amado a los hombres: su Pasión en el Calvario y su muerte en cruz. La Pasión de Jesús ilustra y cumple la palabra del mismo Jesús a sus discípulos: "No hay mayor amor que dar la vida por los amigos". El hombre recibe del Corazón de Jesús la caridad divina que se le pide, o, con otras palabras, el doble mandamiento del amor. Se trata, notémoslo bien, de una caridad divina que se nos enseña, no solo porque es el Maestro divino quien la transmite, sino sobre todo porque, como el primer objeto de la caridad es divino, solo una infusión en nosotros del amor divino permite a nuestras facultades alcanzar su objeto. Es lo que expresa el adagio: *caritas facultatem naturae excedit* [1]. Al mismo tiempo, por tanto, se transmite a los hombres la calidad divina de este amor y la capacidad divina de amar. El hecho remarcable es que esta enseñanza ha sido dispensada por un corazón humano, como para hacerla más accesible a los hombres. "El Verbo de Dios –escribía el cardenal Muñoz Vega– con el Espíritu que es amor personal recíproco del Padre y del Hijo, quiso hacer suya una realidad humana, que fuese la expresión comprensible de su amor hacia los hombres, y esto es el corazón humano de Jesús" [2].

---

[1] *S. Theol.* II^{a} II^{ae}, 24, a 2.

[2] P. Muñoz Vega, *La declaración cristologica de la Conferencia de Puebla y la teología del Sgdo. Corazón de Cristo. Aportes latino-americanos,* Instituto Internacional del corazón de Jesús, Bogota 1984. 199.

2. La caridad filial

La caridad de Cristo está estructurada filialmente y, como tal, es adecuada para configurar filialmente el corazón del hombre; las dos dimensiones de la caridad enseñan a los hombres a amar como hijos de Dios.

El corazón filial de Jesús no se limita a ser el centro de un actuar conforme a la voluntad de Padre. Es también ante todo el receptáculo de la caridad del Padre: "En él he puesto toda mi complacencia". La revelación pública de la identidad de Jesús, "Este es mi hijo amado", se ha realizado en el corazón de la revelación del Amor paterno de Dios. La caridad divina ejerce una atracción sobre el corazón de los hombres situada ante la perspectiva del donarse. San Agustín veía bien esta alternativa del don, cuando exhortaba así a los fieles: "Escuchad lo que dice la caridad por la boca de la Sabiduría: *Hijo mío, dame tu corazón.* Estaba mal colocado cuando dependía de ti, cuando era tuyo, y tú estabas extraviado por las bagatelas y por tantas afecciones culpables y peligrosas. Sácalo de ahí. ¿Dónde llevarlo? ¿Dónde meterlo? *Dame tu corazón,* dice. *¡Que sea mío y así no lo perderás!* Ves; Él no quiere dejar en ti nada que pueda servirte todavía a ti mismo... Él es quien dice: *Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu espíritu* (Mt 22,37)... Él, que te ha hecho, te quiere entero"[3]. Remarquemos de pasada que esta imagen de donar su corazón a Dios se inscribe en el contexto de una antropología metafísica fundada sobre la conversión. La *conversio* augustiniana abre el acceso a la vida divina, porque es ella misma una acción de Dios. Y así no establece derecho alguno

---

[3] San Agustín, *Sermo XXXIV;* cf. también H. Seidi, *Sul concetto di cuore in S. Agostino,* en *Antonio Rosmini, filosofo del cuore? Philosophia cordis et Teologia cordis nella cultura occidentale,* ed. G. Beschin, Morcelliana 1995, 93-102.

a ser salvado, pues es, según el obispo de Hipona, una restitución a Dios de su derecho sobre la criatura que se convierte. Si admitimos que el corazón de Cristo es el símbolo de la mayor ofrenda al Padre que puede realizar un corazón humano, veremos cómo una antropología del corazón no puede hacer abstracción de esta dimensión de la *metanoia.*

El Corazón de Cristo da al corazón del hombre por un lado la posibilidad de recibir el amor del Padre y, por otro, el poder de ofrecer al Padre el culto de un amor de hijo. En el Corazón de Cristo el hombre descubre que está en el punto de encuentro de esos dos amores que parecen, a primera vista, cruzarse; de hecho, sin embargo, los hombres aman al Padre ofreciendo sus sufrimientos al Corazón de Cristo, y dan a conocer el amor del Padre haciendo que se conozca el Corazón de Jesús. Se percibe el fruto de esta perspectiva de cara a la evangelización: liberada de todo sentimentalismo que se detiene simplemente en el Corazón de Jesús, la devoción al Sagrado Corazón conduce los corazones a Dios dando testimonio del Amor del Padre: "El mismo corazón de Cristo que nos ama, *de parte del Padre,* ama al Padre *de parte de nosotros los hombres* [4].

3. La unión con la intención redentora de Dios, marca del corazón configurado con el corazón de Cristo

El corazón de Cristo enseña a los hombres el modo de amar al Padre: unirse a su intención redentora. Esta última ha sido vivida por Jesús literalmente como el mandato de una misión, si se puede hablar así. Él se ha apropiado en su corazón humano de esta intención divi-

[4] *Ibid.,* 200.

na del Padre. El Corazón de Jesús es por tanto el Corazón del Salvador, "revelación perfecta del misterio de la Encarnación verdadera de Dios para la salvación de los hombres"[5]. Por este motivo, el corazón fiel al Corazón de Jesús se une necesariamente a la Iglesia en su misterio más íntimo, porque se apropia de esta misma intención redentora. Se ha hablado incluso del Sagrado Corazón como el "Corazón del Cuerpo Místico"[6]. Estos dos elementos unidos, el deseo de salvación de los hombres y la pertenencia a la comunión eclesial, manifiestan paradójicamente al hombre la presencia del pecado en su propio corazón. El Corazón de Cristo le alumbra de tal manera que el hombre cae en la cuenta de las heridas que su pecado personal ha inflingido a la comunión de la Iglesia. Es el amor obediente del Hijo el que revela al hombre el alcance de su desobediencia. Se puede considerar, en efecto, que el Corazón de Jesús abierto en la Cruz es a la vez el punto de convergencia de todos los pecados del mundo, porque su muerte, atestiguada en la lanzada, es la obra concreta de estos pecados y, a la vez, el lugar de su remisión, porque del mismo corazón abierto brotan por el agua y la sangre las fuentes de la misericordia.

Él le enseña también los límites de su propio corazón. ¿Cómo podría, en efecto, un corazón humano unirse a la universalidad de la salvación querida por Dios[7]? La unión auténtica con el Corazón de Cristo implica en efecto una humildad más grande que actúa como

---

[5] J. Stirli, *Les valeurs dogmatiques et ascétiques de la dévotion au Sacré-Cœur,* en *Le Cœur du Sauveur,* Salvator Mulhouse 1956, 241.

[6] "L'amour symbolisé est l'amour rédempteur, qui nous a sauvé en nous incorporant au Corps mystique. Le Sacré-Cœur devient le Cœur du Corps mystique" (C. Mathieu, en *Le Sacré Cœur de Jésus et la doctrine du Corps mystique. Compte rendu du Congrès national du Sacré-Cœur, Paris 14-17 Juin 1945,* Apostolat de la Prière, Toulouse, Basilique du Sacré-Cœur de Montmartre, 1945, 74).

[7] Cf. Conc. œcum. Vat II, Const. dogm. *Lumen Gentium,* n°16, que retoma 1 Tim 2,4, "Dios quiere que todos los hombres se salven".

una experiencia de kénosis, remitiendo al hombre al abajamiento aceptado por Cristo. Pero como el abajamiento divino, "simbolizado por la lanzada que hace salir del Corazón del Salvador hasta la última gota de sangre", retomando la bella fórmula de Stirli[8], ha sido el fruto de la obediencia *usque ad mortem,* el abajamiento del corazón del hombre se realiza en el reconocimiento de su pecado, de su rebelión personal. Como el corazón del hombre en la condición actual es necesariamente el de un pecador, solo la misericordiosa compasión de Dios en Cristo puede restablecer esta amistad y recrear las condiciones de un corazón a corazón.

En fin, conviene remarcar que la unión efectiva es una unión actual; para comprender bien el dinamismo de esta acción justificadora[9] de Dios, es importante subrayar su carácter actual, y no solo como una vaga pertinencia que se atribuiría a este misterio. Según esta última perspectiva, la devoción al Corazón de Jesús sería todavía útil o importante hoy día, pero de forma extrínseca al misterio. Conviene, al contrario, afirmar la realidad presente del sacrificio del Corazón de Cristo, del que los hombres se hacen contemporáneos en el curso de la historia. "El ultraje hecho a Dios que se expresa en la Pasión de su Hijo y el agravio a su Corazón de carne, no es solamente una realidad del pasado. Es de cada día, como es de cada día, hasta la consumación de los tiempos, la presencia del Señor entre nosotros en su Cuerpo místico"[10]. Existe una contemporaneidad del

---

[8] J. Stirli, art. cit., 242.

[9] "Par la justice de Dieu l'homme intérieur est renouvelé de devient juste. La justice de Dieu est donc la cause formelle dans la justification de l'homme. Le Coeur de Jésus est en quelque sorte la plaque tournante où le péché se transforme en justice (Rm 5,8)"; R. Gutzwiller, *Caractère biblique de la litanie,* en *Le Coeur du Sauveur,* Salvator, Mulhouse 1956.

[10] R. Marle, *La Dévotion au Sacré-Coeur et le sens du péché,* en *Le Coeur du Christ et le désordre du monde,* I. Mappus, Le Puy 1958, 105

Corazón traspasado de Cristo con el hombre de todos los tiempos, a la que tiene acceso el creyente por la vía sacramental, que le permite comprender la palabra de san Juan: "Mirarán al que traspasaron". Es necesario considerar la exigencia cristológica[11] que supone esta presencia: el corazón del hombre no tiene acceso por una unión afectiva al Corazón de Cristo, compasivo y misericordioso, para unirse a él en el misterio de la Cruz, sino que debe ir desde el Corazón traspasado a todas las expresiones amantes de este corazón en el curso del ministerio público de Jesús. Podríamos expresarlo de esta manera: solo el Corazón traspasado permite comprender de forma adecuada los pensamientos, palabras y acciones de Jesús en el curso de su vida terrestre; a través de esa puerta abierta por la lanza, el hombre encuentra el modo más adecuado de unirse a "los mismos sentimientos de Cristo Jesús". Es interesante señalar que, desde una perspectiva diversa, Rahner ha llegado a ver en los actos de reparación el medio para salir, por el sufrimiento, de esa situación de ausencia de Dios; un sufrimiento unido al del Hijo de Dios en Getesemaní y en el Gólgota y aceptado en unión con el amor aparentemente inútil de Cristo por el mundo pecador[12].

La terminología de los sentimientos, cuando queda satisfecha esta exigencia cristológica, deja de ser ambivalente. Todo corazón humano amante es sumergido entonces en una acción sacrificial donde queda abolida la distinción artificial entre *affectio* y *actio.* Hay ciertamente una relación afectiva con Jesús, pero de tal manera que

---

[11] Podemos remitir a este respecto al trabajo del Coloquio Internacional de Lugano en junio de 1996 que versó sobre el tema: *Contemporaneità di Cristo all'uomo di tutti i tempi secondo il I° capitolo di Veritatis Splendor* (Stock, Rhonheimer, Llanes, Tremblay, Melina, Pinckaers, Laffitte, Birot…) Piemme, Casale Monferrato, 1996.

[12] K. Rahner, *Quelques thèses pour une théologie de la dévotion au Sacré-Coeur,* en Le Coeur du Sauveur, Salvator, Mulhouse 1956, 173.

se traduce en un actuar. Se puede encontrar el germen de esta idea en esa inteligencia del corazón *(intelligentia per cor),* tan estimada por san Buenaventura, que exige una orientación de todo el ser hacia Dios mediante el testimonio de la vida[13]. El corazón es afectado y actúa. Cuanto más queda afectado el hombre en profundidad, tanto más se confronta con la necesidad de dar una respuesta que le implique totalmente. El corazón y la afectividad humana reaccionan en la libertad. Cuando el corazón es pasivo y padece, está ya inmerso en una dinámica que le hace pasar de una compasión pasiva a la compasión activa de Cristo. El corazón del hombre conformado con Cristo traducirá este amor de forma corporal dando de comer al hambriento, de beber al sediento, vistiendo a quien está desnudo. Reproduce este amor de Cristo que va del interior del Corazón hacia el exterior. Podemos reconocer este actuar cristiano en los santos, por ejemplo en Vicente de Paul, tan atento en sus escritos[14] y en su vida a unir el amor afectivo y el amor efectivo por el servicio a los pobres.

De este modo se establece en toda su amplitud la comunión cristiana. Cuando san Pablo dice que es Cristo quien obra en él, expresa una unión entre el Corazón de Cristo y el suyo propio. Esta unión de un corazón de hombre con el Corazón de Jesús se extiende al corazón de los demás hombres por el mismo amor de Cristo[15]. Si

---

[13] Cfr C. Del Zotto, *La sistematizzazione della filosofia e teologia del cuore in S. Bonaventura,* en *Un filosofo del basso Medioevo: Bonaventura,* Pensatori religiosi, Brescia 1997, 17-19.

[14] Saint Vincent de Paul, *Correspondance, entretiens, documents,* Coste, Paris, I, 214; XI, 291; XII, 264.

[15] Tenemos un ejemplo en la oración de santa Isabel de la Trinidad: "Oh, Cristo amado, crucificado por amor, yo querría ser una esposa para vuestro Corazón... Os pido que me revistáis de vos mismo, que identifiquéis mi alma con todos los movimientos de vuestra alma, que me empapéis, me anonadéis,

la expresión *un solo corazón* puede, según todo lo que hemos dicho, designar simbólicamente la comunión de las personas, se entiende por qué la Iglesia es el lugar de una comunión no limitada en su horizonte y en sus efectos: el Corazón de Jesús es un Corazón eclesial, es el Corazón de la Iglesia.

Este libro está llamado a tocar los corazones y a ayudar a sus lectores a centrarse de nuevo en lo esencial. La vida cristiana llega a su plenitud en el corazón a corazón del discípulo con su Maestro. Nadie está excluido de este camino de santidad que es simplemente, por el don de la gracia, una amistad entre el hombre y su Dios.

Mons. Jean Laffitte
Secretario del Pontificio Consejo para la Familia

---

que me sustituyáis, para que mi vida no sea más que una irradiación de vuestra Vida" (B^se^ Elisabeth de la Trinité, *Ô mon Dieu, Trinité que j'adore,* en *Œuvres complètes,* 199).

El rey Salomón pedía a Dios "un corazón sabio". Hoy este deseo nos parece contradictorio. Pues vivimos, por una parte, bajo el imperio de una razón técnica sin entrañas. Y, por otra, a impulsos de las emociones del corazón, que nos parecen irracionales. Y, sin embargo, necesitamos un corazón inteligente, que descubra el sentido y belleza de la vida precisamente en lo concreto y personal, en el encuentro de amor. Tener corazón es entender que nuestra vida se parece a un tapiz (como el de la portada) donde se entretejen urdimbre y trama. La urdimbre ofrece los hilos que sirven de soporte al tejido; del mismo modo, en el corazón se anudan las relaciones (de hijo, amigo, esposo, padre, hermano) que son la base de la existencia. La trama, por su parte, se cruza y enlaza con los hilos de la urdimbre para formar la tela, dándole detalle y colorido. Es así también imagen del corazón, órgano que permite percibir lo singular de cada encuentro, modular la belleza de nuestra historia. La trama, además, en sentido figurado, es la intriga de una obra dramática, el modo en que se desenvuelve el relato. La vida, vista desde el corazón, tiene una trama, se construye poco a poco, según los compases de una presencia, una pertenencia, y un camino hacia la plenitud del amor.

ISBN: 978-84-1718-518-3

COLECCIÓN
didaskalos